



El liberal. Madrid 16-VI-23

## COMENTARIOS

# Otra vuelta al protectorado

Hay una cosa, que a los herejes de teología diplomática patriotera nos parece de clavo pasado, y es lo de que la protección no se impone, la de que no es posible proteger al que no quiere ser protegido. A menos que eso de protección sea un tapujo para encubrir otra cosa. Porque la diplomacia es el arte de engañar a los pueblos.

Hay otro razonamiento—razonamiento!—que no puede convencernos. Habla un viejo verde y agotado: «Esa pobre chica está desamparada y sola; necesita protección; quiero penetrarla pacíficamente, y se me pone de uñas; tendré que acudir a la violencia...» «Déjela usted si no puede convencerla...» «Es que si yo la dejo, se me anticipa aquel otro señor o su novio, que es peor, ¡y eso nunda! Si ha de ser de otro, que sea mía...» El raciocinio es estupefaciente; pero ya es sabido que en esto de las protecciones el criterio moral no entra por nada. Las muchachas y las naciones—dígase, si se quiere, cabilas, que naciones son—desvalidas, no son objeto de moralidad. Dios crió los animales para servir al hombre, y los pueblos que clasificamos de salvajes, para servir a los que presumimos de civilizados. Y luego está de por medio el honor. No el de las muchachas y las naciones desvalidas, por supuesto. Los moros, por ejemplo, carecen de honor. Y viniendo a lo de más momento anecdótico, ustedes recordarán que aquel histórico avance sobre Alhucemas, el de julio de 1921, o sea la santiagada, se emprendió cuando iban a entablarse unas negociaciones sobre el lio de Tánger, y para prepararlas, que con aquel ataque injusto se buscaba solucionar el problema tangerino, y que el ataque a Tizzi-Assa se ha provocado—¿por quién?—en vísperas de iniciarse nuevas negociaciones. ¿Quién lo ha provocado? ¿Los moros? Acaso de su parte no ha sido más que una ofensiva defensiva. Acaso se les ha provocado a que provoquen.

Recordemos que el ex kaiser Guillermo de Alemania, el desterrado en Doorn, pedía, en marzo de 1905, al sultán de Marruecos la concesión del puerto de Tánger; recordemos aquel aparatoso desembarco del pelicularo Hohenzollern hace dieciocho años en Marruecos. ¿Qué pensaban entonces los

africanistas españoles? ¿Qué hacían entonces los viceimperialistas del reino de España? Nueve años después, estalló la guerra, que ya se incubaba entonces.



Eso que llaman penetración pacífica o protectorado civil, o es colonización o no es nada. No es posible eso que se llama civilizar a un pueblo sino colonizándolo. ¿Y qué empresas colonizadoras ha emprendido España en Marruecos? «El capital español se ha abstenido de ello»—se nos dice. Si los millones que se han empleado en comprar marcos y en volver a comprarlos para cubrirse, los hubieran empleado esos especuladores en formar empresas colonizadoras para Africa, no habrían perdido más que han perdido. Pero es que en Marruecos, como campo de colonización española, no creía ni cree aquí nadie. En que lo pudieran colonizar los alemanes, sí, y nosotros hacer allí viceimperialmente de policía indígena, que protegiese el negocio tudesco. Y de este modo, al hundirse el marco, se ha hundido nuestra penetración pacífica. Y hoy la empresa está reducida a una tema tesonuda de «pero si la acierta, mal defenderla y no enmendarla».

¿Hombres? No sirve enviar hombres. Una colonia es, no del país que manda a ella brazos, sino del que emplea capitales en ella. Españoles, más que franceses, trabajan en Orán.

Claro es que no, saldrán con que no se trata de negocio, sino de honor y deberes que imponen la civilización y compromisos internacionales y mandato de las potencias amigas y patatín y patatán. Embusterías. Porque eso del mandato, es otro embuste tan gordo como el de la irresponsabilidad y el del protectorado.

Nadie nos define el protectorado, y no nos lo define ni nos lo puede definir, porque es indefinido e indefinible, porque es un embuste, porque nadie cree en él, porque después de la derrota del viceimperialismo con el hundimiento del marco, toda esa operación de policía se ha indignizado de tal modo, que se ha convertido en la más triste cosa. Ya la guerra no puede ser un medio; no puede ser más que un fin. O un medio de vivir de ella.

¿Quién hubiera da creer, cuando se les dejaba a los submarinos alemanes que hundieran barcos españoles en nuestras costas, que los marcos llegarían a hundirse más aún que aquellos barcos? Se decía de éstos que eran de contrabando de guerra. Pero para contrabando, lo del protectorado. Y lo de la penetración pacífica y lo del mandato. Este sí que es contrabando. Y los mayores contrabandistas, nuestros castizos viceimperialistas o vicecesarianos.

Y que sigan provocando provocaciones. Entre ellas, la del pueblo español.

MIQUEL DE UNAMUNO



UNIVERSIDAD DE SALAMANCA

GREDO.S.UA.LES